

La desocupación en la teoría económica y el debate contemporáneo

Julio Sevares*

"Los principales inconvenientes de la sociedad económica en que vivimos son su incapacidad para procurar la ocupación plena y su arbitraria y desigual distribución de la riqueza y los ingresos."

Keynes, *Teoría General*

"Las ganancias serán mayores bajo un régimen de pleno empleo de lo que serían en promedio bajo el *laissez-faire*,.... Pero 'disciplina en las fábricas' y 'estabilidad política' son más apreciados por los líderes en los negocios que las ganancias. Su instinto de clase les dice que (...) el desempleo es una parte integral de un sistema capitalista normal".

Kalecki, *Aspectos políticos de la ocupación plena*

Introducción

La discusión actual sobre la desocupación y las formas de enfrentarla, tanto en Argentina como en otros países, está influenciada por una combinación de intereses prácticos y supuestos teóricos, que no siempre son explícitos o conscientes. Si bien los orígenes y las características de la desocupación varían según el momento histórico y el país o región, las recomendaciones de los gobiernos, los empresarios y la ortodoxia económica son convergentes concentrándose en la flexibilización del mercado laboral y la reducción de los costos del trabajo. Se supone que se estimula de este modo la incorporación de más personal a las empresas y que, desde el punto de vista nacional, se aumenta la competitividad externa.

Lo que se intentará demostrar en lo que sigue, es que los argumentos expuestos se apoyan en las teorías de origen neoclásico, reflejan los intereses económicos y políticos de los empresarios y encierran no pocas falacias y contradicciones.

¿Que nos dice la teoría económica sobre los orígenes y los remedios a la desocupación?

* Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. Centro de Estudios de la Estructura Económica (CENES) de dicha facultad.

La escuela clásica no se ocupó del tema de la desocupación porque su horizonte teórico se sustentaba en un sistema en expansión con todos sus recursos en ocupación plena, incluidos los recursos humanos. Por el contrario, la perspectiva de un agotamiento de los recursos existentes, era sobre todo un fantasma que ensombrecía la visión teórica de los clásicos.

Marx fue posiblemente el único de los clásicos que veía en la desocupación un fenómeno de dos caras: una de ellas funcional a los intereses de la burguesía, en la medida en que el "ejército de reserva" favorecía el control social y deprimía los salarios beneficiando la tasa de ganancia; y otra desfavorable, porque la desocupación imponía un límite a la realización de las mercancías y era uno de los motivos de la crisis estructural.

Los neoclásicos, en la primera edad de oro del capitalismo europeo, llevaron el análisis económico a la apología del sistema capitalista, sin considerar siquiera la posibilidad de desequilibrios persistentes ni, por lo tanto, de desocupación estructural de recursos.

Keynes, en un mundo en crisis, criticó los supuestos neoclásicos del "mercado de trabajo", admitió la posibilidad de que el sistema llegara a una posición de equilibrio con desocupación y señaló la necesidad de lo que ahora se denominan "políticas activas" para volver a una situación de ocupación plena.

Posteriormente surgieron, o más bien se modernizaron, las teorías del desempleo tecnológico. En éstas la desocupación no es provocada por una insuficiencia keynesiana de la demanda, sino que es una consecuencia de la incorporación de tecnologías que reemplazan mano de obra. La cuestión del desempleo tecnológico se planteó tanto en el mundo industrial como en las economías atrasadas con mano de obra abundante. En éstas sobrevino la discusión acerca de la pertinencia de utilizar tecnologías modernas con aplicación intensa de capital que no contribuyen a absorber los recursos de mano de obra excedentes.

La "desocupación" se introdujo también como una variable en el análisis del comercio exterior y los movimientos internacionales de capital, fundamentalmente por medio de los autores marxistas y postkeynesianos. Una de las principales conclusiones de este enfoque es que los países industriales evitaban el aumento de la desocupación ampliando su frontera de inversión en la periferia, o mediante la exportación. Desde que cobró fuerza la transnacionalización de los sistemas productivos, la deslocalización de capital aparece como uno de los factores causantes de desocupación en los países industriales avanzados y, también, como uno de los argumentos disuasorios de empresarios y gobiernos ante los reclamos de mejoras salariales o de condiciones de trabajo por parte del movimiento sindical.

La liberalización comercial y de capitales en casi todo el mundo refuerzan la importancia del impacto del sector externo en la desocupación, lo que incluye la consideración del impacto de las exportaciones y las importaciones en la demanda de trabajo y los márgenes que dejan las actuales normas internacionales para medidas contra la desocupación de tradición keynesiana (como proteccionismo o

estímulo de la demanda). De allí que otro aspecto a considerar es la situación fiscal, en la medida que limita la capacidad de los gobiernos de tomar medidas contra la desocupación y que refleja, en parte, la relación de fuerzas sociales.

1. Los clásicos

Los economistas clásicos suponen, en forma explícita o implícita, que el sistema económico tiende espontáneamente, a través del mercado, a ocupar plenamente los recursos de que dispone. De allí que no traten los temas de las crisis ni el de la posibilidad de subutilización permanente de factores. En el modelo elaborado por Adam Smith lo que se ahorra anualmente se consume con tanta regularidad como lo que se gasta anualmente y casi en el mismo tiempo. El ahorro se invierte, pero la inversión se traduce en pagos de ingresos que, a su vez, se gastan en consumo. Es decir que el ahorro no destruye el poder de compra y, por lo tanto, no existen recursos ociosos.¹

Las concepciones de Smith se forjan en el marco histórico de una escasez de capital con salarios flexibles a la baja, lo que parece explicar que no pensara en la posibilidad de una desocupación permanente de factores. Su principal preocupación, según Roll, era el comportamiento del comerciante monopolista, ya que en su tiempo la industria no estaba lo suficientemente desarrollada aún como para preocuparse por el trabajo y los alimentos baratos, como le sucediera más tarde a Ricardo.

Aunque Smith valora las propiedades optimizadoras de la libre competencia ("mano invisible" del mercado), considera que pone en situación desventajosa a los trabajadores en el mercado de trabajo, y sostiene que el estado debe ocupar

-
1. La proposición implícita es, según Blaug, que el ahorro equivale a la inversión porque el atesoramiento, esto es, la acumulación de tenencias monetarias, constituye un hecho excepcional. Esto es posible porque en el esquema de Smith la función por excelencia de la moneda es ser medio de cambio, lo que continúa la concepción fisiocrática y preanuncia la neoclásica. Esta concepción de la moneda es necesaria para el sistema ortodoxo, según el cual el ahorro equivale a la inversión y la oferta crea su propia demanda, del cual se desprende, a su vez, que el sistema económico, bajo ciertas condiciones de libre mercado, funciona en equilibrio y con plena ocupación de recursos productivos. Pero, paradójicamente, Smith considera que el equilibrio entre ahorro y gasto que supone la no utilización de la moneda con fines improductivos, no se logra espontáneamente. De allí que aprueba una regulación del mercado de dinero como son las leyes de usura, porque considera que de otro modo los intereses monetarios se elevarían por encima del tope fijado (5%) y el crédito sería tomado sólo por los "pródigos y los proyectistas", es decir los gastadores improductivos y los arriesgados. *Esto implica otra paradoja, ya que el padre de la economía de mercado no ve con buenos ojos a los arriesgados, quienes para los apologistas del capitalismo competitivo son los portadores de la innovación tecnológica y la creación de mercados.*

se de ciertas obras y servicios públicos cuyo gasto no puede afrontar el ciudadano privado en forma aislada. "Smith sostiene Blaug (p. 94) parece estar subrayando eternamente que la poderosa motivación del egoísmo sólo se une a la causa del bienestar general bajo arreglos institucionales bien definidos." Sin embargo,

"no temía que la existencia de la propiedad privada o que las grandes desigualdades en su distribución pudiesen ocasionar ninguna perturbación en la armonía natural. En una sociedad opulenta y civilizada en la que la acción del estado se mantuviese dentro de los límites que él había fijado, las grandes fortunas, según le parecía, no tenían por qué crear opresión y explotación. Nadie dependía de la benevolencia de los demás, pues por cada cosa que uno recibía de los otros, se daba una cosa equivalente en cambio. Además, el libre juego de las fuerzas naturales destruiría todas las posiciones que no se basasen en continuas aportaciones al bien común" (Roll, 1987, pp. 154-155).

David Ricardo, en cambio, tenía una visión algo menos optimista del sistema económico. Creía en una tendencia al aumento continuo de los precios de los alimentos y de la tierra, debido a la tendencia decreciente de los rendimientos de ésta. Su preocupación fundamental estaba puesta en las restricciones al comercio de granos y en su impacto negativo sobre los costos de la industria, porque obligaban a expandir los cultivos hacia tierras cada vez menos productivas. Ricardo comenzó a tratar también el problema de las crisis, pero las percibía como fluctuaciones del comercio atribuibles a causas fortuitas, no inherentes al sistema: dado que escribía en una época en la que el capitalismo no había llegado aún a la madurez, como sostiene Roll, tenía poco que decir acerca de las crisis. Aceptaba que podría existir una saturación si el capital aumentaba más que la mano de obra, pero en ese caso los salarios aumentarían y resolverían el problema. Consideraba que las oportunidades de inversión eran ilimitadas y que, si bien la demanda de trigo era inelástica, la de otros bienes de consumo podía expandirse con el aumento de la productividad laboral y de los salarios.

Ricardo admitía los postulados del sistema equilibrado de la ley de Say, bases fundamentales de los esquemas clásico y neoclásico, y transitivamente subyacente en cualquier versión actual apologética o acrítica del sistema económico. En el esquema de equilibrio de Say, toda mercancía puesta en el mercado crea su propia demanda y toda demanda crea su propia oferta, no pudiendo existir una saturación de mercancías por una excesiva acumulación de capital (sobrecumulación) o por una debilidad de la demanda (subconsumo). Es decir que, al menos en forma permanente, no puede haber ociosidad de factores, sean trabajo o capital. Cualquier desajuste de la oferta o la demanda (del nivel de inversión o del poder de compra) se ajusta por una variación de precios, en la cual el bien abundante se abarata y el escaso se encarece. En consecuencia, el sistema vuelve al equilibrio con plena ocupación de factores a precios distintos de su posición inicial. Pero en este mundo equilibrado Ricardo introdujo el papel del progreso técnico y su impacto sobre el empleo de mano de obra.

Para Ricardo los costos del capital y del trabajo eran fluctuantes, y la intensidad en el empleo de uno u otro dependía de los precios relativos de ambos. Teniendo en cuenta que, al menos en el corto plazo, el empleo de máquinas desplazaba mano de obra y perjudicaba a los obreros, recomendó a los capitalistas que empleasen sus ganancias en la contratación de trabajo improductivo (criados o sirvientes) en lugar de comprar artículos de lujo. Es decir que, aunque el producto bruto (o el gasto total de la economía) fuera el mismo, el empleo de las ganancias en la creación de fuentes de trabajo disminuiría la penuria obrera causada por el progreso técnico. Roll afirma que, de este modo, Ricardo dejó una puerta abierta "para una exploración ulterior de los cambios que ocurren en la estructura ocupacional de la población y de las formas nuevas en que surge la demanda al progresar la economía mediante la acumulación de capital... Muchas teorías sobre el desempleo tecnológico o sobre las desproporciones en la estructura de la producción tienen sus orígenes en las opiniones expuestas por Ricardo." (p. 192)

En Malthus aparece planteada ya plenamente la posibilidad de la desocupación permanente de recursos productivos, vinculada con el concepto de la insuficiencia estructural de la demanda efectiva. Según este enfoque, el pago del capitalista en concepto de trabajo es menor de lo que se propone obtener con la venta del producto y de lo que requiere para cubrir sus adelantos en concepto de capital y trabajo. En otros términos, la suma de los salarios pagados por el capitalista y la demanda generada en el mercado, es menor que la suma de los valores de los productos ofrecidos. Esta deficiencia de la demanda debe cubrirse, según Malthus, manteniendo una dotación suficiente de trabajo improductivo, es decir trabajo que consume sin producir, o en términos de valor, que absorbe más valor que el que crea. En otras palabras, se trata de cubrir la insuficiencia de demanda con gastos en servicios no productivos o artículos suntuarios.

Los planteos expuestos revelan, según Roll, una preocupación temprana por uno de los problemas más importantes de la economía moderna: el mantenimiento del nivel de la demanda total. En el mismo sentido, Blaug sostiene que "el argumento del ahorro excesivo malthusiano es sólo una versión de la teoría del subconsumo. La versión socialista sostiene que el estancamiento se inicia porque la participación de los salarios en el ingreso total tiende a bajar a medida que aumenta el ingreso. La versión de Hansen-Keynes afirma que el estancamiento deriva de la declinación de las tasas de rendimiento de la inversión. Pero el meollo de todas estas versiones es la idea de que no puede esperarse que el consumo y la inversión aumenten indefinidamente a tasas constantes de crecimiento proporcional" (p. 219). Éste será el caso tratado por Marx.

2. Marx

Marx plantea una visión absolutamente vigente de lo que hoy se llama el desempleo tecnológico. En el proceso de acumulación aumenta la composición orgáni-

ca del capital, es decir la participación relativa de capital constante sobre el variable. Al crecer el capital total crece el capital variable y por lo tanto la fuerza de trabajo absorbida por él, pero en una proporción constantemente decreciente. Sin embargo, el progreso de la acumulación implica también mayores fluctuaciones cíclicas y renovaciones técnicas, en las que las porciones crecientes de capital son destruidas, quedan fuera de servicio. Paralelamente, el capital renovado renace con una forma técnica más perfecta y demanda menos mano de obra para poner en movimiento una masa mayor de maquinarias y materias primas. En este proceso, cuanto más rápida sea la concentración de capital, mayor será el descenso absoluto de la demanda de trabajo. (Marx, 1973, tomo I).

En el enfoque de Marx, cuando el aumento del capital no aumenta la tasa de ganancia, aparece una sobreproducción de medios de producción que no pueden realizarse y que, por lo tanto, deja ociosa a una parte de la población. "No constituye ninguna contradicción el que una superproducción de capital vaya acompañada de una superpoblación relativa más o menos grande. Los mismos factores que elevan la capacidad productiva del trabajo, que aumentan la masa de los productos mercancías, que extienden los mercados, que aceleran la acumulación de capital tanto en cuanto a la masa como en cuanto al valor y que hacen bajar la cuota de ganancia, han creado y crean constantemente una superpoblación relativa, una superpoblación de obreros que el capital sobrante no emplea por el bajo grado de explotación del trabajo en que tendría que emplearlos o, al menos, por la baja cuota de ganancia que se obtendría con este grado de explotación" (*Idem*, tomo III, p. 253).

Marx sostiene que "al producir la acumulación del capital, la población obrera produce, también, en proporciones cada vez mayores, los medios para su propio exceso relativo. Es ésta una ley de población peculiar del régimen de producción capitalista, pues en realidad todo régimen histórico concreto de producción tiene sus leyes de población propias, leyes que rigen de un modo históricamente concreto... Esta superpoblación se convierte a su vez en palanca de la acumulación del capital, más aún, en una de las condiciones del régimen capitalista de producción. Constituye un ejército industrial de reserva, un contingente disponible, que pertenece al capital de un modo tan absoluto como si se criase y mantuviese a sus expensas. Le brinda el material humano, dispuesto siempre para ser explotado a medida que lo reclamen sus necesidades variables de explotación" (*Idem*, tomo I, p. 535). Pero paralelamente se abren nuevas ramas de producción en bienes de lujo, mano de obra intensivas, que se alimentan de la población obrera vacante. Los movimientos cíclicos de la acumulación y el ejército de reserva determinan, según Marx, el movimiento general de los salarios. "Durante los períodos de estancamiento y prosperidad media, el ejército industrial de reserva ejerce presión sobre el ejército obrero en activo y durante las épocas de superproducción y paroxismo pone un freno a sus exigencias. La superpoblación relativa es, por lo tanto, el fondo sobre el cual se mueve la ley de la oferta y la demanda de trabajo. Gracias a ella, el radio de acción de esta ley se encierra dentro de los límites que convienen en absoluto a la codicia y al despotismo del capital" (*Idem*, tomo III, p. 541).

A su vez, sostuvo que la realización de las mercancías depende de la distribución del producto y en particular de la porción destinada a salarios, lo que dio pie a numerosas versiones de crisis y desocupación debidas al subconsumo. Sin formular una teoría de éste, enfatiza el hecho que el capitalismo está motorizado por la búsqueda de acumulación sin considerar la capacidad de la demanda para absorber el producto. En este esquema, el alza de salarios no actúa (sólo) como un antídoto al subconsumo sino que (también) deprime la tasa de ganancia y empuja a la crisis.

La causa de las crisis es, en última instancia, que los salarios reales no aumentan al mismo ritmo que la producción por hombre, por la mala distribución del ingreso. "Lo que tenía en mente Marx, afirma Blaug (p. 323), era la noción de que el capitalismo tiende de continuo a la expansión de la producción sin ninguna referencia a la demanda efectiva, la única que puede darle un sentido. La expansión de la producción no genera en forma automática un aumento proporcional de la demanda efectiva porque la tasa excesiva de formación de capital reduce la tasa de beneficio, aunque las innovaciones incorporadas en los incrementos de capital frenen las tasas salariales por ser en gran medida ahorradoras de mano de obra". Según Blaug (p. 41), el desempleo en la concepción marxista deriva de la escasez de capital en relación con la oferta de mano de obra y de la imposibilidad de sustitución de capital por mano de obra. O sea que se deriva del aumento excesivo de la población, o bien de ingresos demasiado bajos para generar un flujo adecuado de ahorro, combinándose con una tecnología primitiva, rígida, que no permite la sustitución de factores como presupone el modelo neoclásico. Se trata de un desempleo por ahorro escaso, no por baja demanda efectiva. Como un problema estructural, no cíclico, las medidas de estímulo a la inversión o la expansión monetaria, adecuadas para el desempleo keynesiano, sólo producirían inflación sin conducir al pleno empleo. Marx, a su vez, sostiene que

"Lo que ocurre es que se producen periódicamente demasiados medios de trabajo y demasiados medios de subsistencia para poder emplearlos como medios de explotación de los obreros a base de una determinada cuota de ganancia... No es que se produzca demasiada riqueza. Lo que ocurre es que se produce periódicamente demasiada riqueza bajo sus formas capitalistas, antagónicas" (tomo III, p. 255).

En suma, la desocupación es una característica funcional a la maximización de la tasa de ganancia a la vez que una causa de crisis permanente. La contradicción sólo se resolvería si, ante un capitalismo debilitado por la tendencia descendente de la tasa de ganancia, la clase obrera estuviese lo suficientemente desarrollada como para huir de la tendencia a la pauperización con la toma del poder: es decir, cuando las relaciones sociales entren en contradicción final con las fuerzas productivas.

3. Los economistas neoclásicos

Con los autores neoclásicos la posibilidad de una desocupación de largo plazo, como la de cualquier desequilibrio permanente del sistema, desaparece. Para Walras y Jevons, el sistema económico está en equilibrio y, en competencia perfecta, se logra la utilización óptima de los recursos. En la reflexión de Marshall, las remuneraciones de los factores tienden a igualar los costos marginales, a largo plazo: el interés tiende a igualarse con el sacrificio que implica el ahorro y los salarios con la desutilidad marginal del esfuerzo empleado en el mismo.

La forma del ajuste difiere según cada autor. En la perspectiva de Marshall, la variable dependiente es el precio: los agentes deciden a qué precio van a vender o están dispuestos a aceptar para ofrecer o demandar cantidades establecidas. En el sistema de Walras, que se ha convertido en la base del pensamiento económico convencional, los precios son variables independientes —están dados—, los agentes son tomadores de precios y el ajuste se realiza a través de las cantidades demandadas u ofrecidas. Para mantener el equilibrio, cada agente productivo, incluido el trabajador, debe ser remunerado de acuerdo con su productividad marginal. Si una incorporación de mano de obra adicional al proceso productivo añade más al ingreso que a los costos, convendrá contratar más trabajadores; en consecuencia, la competencia entre los empleadores elevará los salarios hasta el valor del producto marginal de la mano de obra. Si, por el contrario, el precio del trabajo es tan alto que la incorporación de mano de obra agrega una cuota de costos mayor a la cuota de valor producido, no se tomarán más trabajadores.

En el planteo neoclásico los consumidores gastan de acuerdo con la utilidad marginal que obtienen y los productores producen de acuerdo con la productividad marginal de los factores que emplean. En el largo plazo este juego conduce a la satisfacción de los consumidores y, del lado de la producción, a la construcción de plantas de escala óptima y al pleno empleo de los recursos. Estos mecanismos funcionan siempre que se cumplan una serie de supuestos muy restrictivos (y generalmente ausentes en la realidad) como la existencia de mercados transparentes, movilidad de factores, información perfecta, economías constantes de escala, ausencia de interferencias gubernamentales e intentos (al menos exitosos) de violar la competencia perfecta.

De acuerdo con esta teoría una oferta excedente de mano de obra, es decir la existencia de desocupación permanente, indica que los salarios son superiores al producto marginal de la mano de obra. Desde este punto de vista, para volver al equilibrio de plena ocupación es necesario que los desocupados ofrezcan su trabajo a un precio menor que el vigente, provocando una reducción de los salarios. La recomendación que surge de esto es la de eliminar las normas que desalientan a los desocupados a aceptar trabajos por salarios bajos —como los subsidios elevados a la desocupación—, o las rigideces institucionales que obstaculizan la libre competencia en el mercado de trabajo e impiden el descenso de los salarios.

El esquema neoclásico también está expresado en la Curva de Phillips: se trata de una curva de pendiente negativa trazada sobre dos ejes, uno horizontal que mide el nivel de desocupación y uno vertical que representa el nivel de precios y salarios en relación con la productividad del trabajo. Según esta curva, a mayores tasas de salarios corresponden niveles más altos de desocupación y de inflación, considerando un nivel dado de productividad. Desde este punto de vista, el salario puede aumentar si aumenta la productividad sin provocar desocupación. De aquí se deduce, también, que una elevada desocupación es necesaria para mantener bajos los salarios o para soportar un bajo nivel de productividad.²

Partiendo de estas posiciones, Blaug (p. 547) sostiene que los salarios no sólo son costos sino también ingresos que se transforman en demanda, y que en consecuencia una reducción de esos costos derivaría también en una reducción de la demanda, contrabalanceando la tendencia descendente de la desocupación. De este modo, si bajan los salarios también bajarán los costos variables (considerándolos como formados sólo por salarios). Pero como los costos variables son sólo una parte del costo total, los precios bajan menos que los salarios, resultando que a largo plazo una reducción de los salarios monetarios provoca una reducción de los salarios reales. Pero a corto plazo no puede esperarse que esa declinación dé lugar a un aumento de la ocupación. Siguiendo el razonamiento clásico, el aumento de la ocupación debe esperarse por causas indirectas:

- la reducción de salarios monetarios provoca un aumento en la liquidez que aumenta la demanda;

2. La evolución de costos laborales y desocupación en los países industriales contradicen los supuestos de la Curva de Phillips. En los países de la OCDE, entre 1970 y 1980 los costos laborales aumentaron a una tasa promedio anual del 9,3%, entre 1981 y 1990 a una del 3,9% anual y entre 1991 y 1997 a una del 1,7% anual. A pesar de esto, la tasa de desocupación promedio aumentó.

En Argentina, en los últimos años, dado que los salarios reales cayeron y la productividad aumentó, la Curva de Phillips se movió hacia la derecha, es decir que la curva de puntos de equilibrio admite mayor desocupación para un mismo nivel de precios y salarios. Esto sucedió también en países en los que la tasa de desocupación aumentó proporcionalmente más que la reducción de salarios o la inflación.

La Curva de Phillips también se utiliza para establecer en qué momento el nivel de empleo es tan alto (o la desocupación tan baja) como para generar presiones inflacionarias. La Reserva Federal de los EE.UU. utiliza un indicador denominado NAIRU (Non Acceleration of Inflation Rate of Unemployment) basado en este criterio para decidir la política monetaria: cuando se observa una reducción de la desocupación por debajo de cierto nivel se estima que existen presiones inflacionarias y se decide aumentar la tasa de interés para enfriar la economía. Como afirma Robinson: "El primer deber de las autoridades bancarias, que les impone la ley, las tradiciones y los sentimientos, es el de impedir que se llegue al empleo pleno. Y en circunstancias normales, ellas asumen este deber con devoción y éxito."

- la reducción de precios estimula las exportaciones, parte de la demanda agregada;
- si los impuestos se basan en los ingresos y son progresivos, una baja de precios estimula la demanda al reducir los impuestos reales.

Pero existen también efectos contrarios. El más importante es que la deflación puede desalentar expectativas de inversión y provocar a largo plazo una retracción de la demanda y del empleo. Es por esta razón que el efecto de la receta neoclásica en el largo plazo permanece indeterminado.

4. *Keynes*

Los neoclásicos, inmersos en la primera edad de oro del capitalismo, trataban de construir una racionalización de los intereses dominantes y presentar el sistema económico no como un producto histórico sino como el orden natural, mutuamente beneficioso para sus integrantes, que no debía alterarse. Keynes en cambio, desarrolló su teoría en un mundo en crisis con recesión, desocupación, crisis de monedas, grandes desequilibrios comerciales y endeudamientos, que ni lejanamente podía ser representado por las teorías neoclásicas del equilibrio. Mientras éstas consideraban que las situaciones de desequilibrio eran transitorias porque el sistema económico tenía mecanismos autorreguladores que las corregían y que, si un factor quedaba desocupado, volvía a ocuparse luego de un ajuste en sus precios o en sus cantidades ofrecidas, Keynes postuló, reflejando las condiciones de su momento, que el sistema podía mantenerse estable pero en una situación de desocupación de factores.

Según Keynes (1983), las restricciones con que chocaba la expansión de la economía no eran de oferta, como en las teorías clásicas o neoclásicas, sino de demanda. Pero no se trata de la demanda originada sólo en el consumo, sino de la demanda efectiva formada por el consumo y la inversión, variables que están a su vez relacionadas. El volumen del empleo depende de la cantidad de trabajadores que los empresarios están dispuestos a emplear, de acuerdo con sus decisiones de inversión.

En el sistema neoclásico la inversión depende del ahorro, que depende a su vez de la existencia de una tasa de interés lo suficientemente atractiva para los ahorristas. Tengamos en cuenta además que, siguiendo la ley de Say, todo ahorro se convierte en inversión, permitiendo que no queden recursos ociosos. En el sistema de Keynes el inversor se enfrenta con dos mercados, el de inversión y el de bonos. En este contexto, la inversión dependerá de la relación entre la rentabilidad del mercado de bonos y la que ofrecen las inversiones reales. Si la tasa de interés en los mercados de bonos es alta en relación con las expectativas de rentabilidad empresarial, que depende a su vez de la productividad del capital, el ahorro no se transforma en inversión y quedan recursos ociosos. En otros términos, la conver-

sión del capital financiero en capital productivo depende de la relación entre la preferencia por liquidez de los tenedores de dinero y la eficacia marginal del capital. Si la tasa de interés aumenta, sucede lo mismo con la preferencia de liquidez para inversiones financieras. En ese caso, para que la inversión no decaiga, el inversor debe contar con una mayor eficiencia del capital.

El consumo, a su vez, es producto de una relación entre el ingreso disponible y la propensión a consumir. La propensión a consumir determina la parte de los saldos monetarios que los consumidores están dispuestos a destinar al consumo. La decisión de cuánto destinar al consumo o al ahorro está influenciada por las tasas de interés, ya que cuanto más altos sean los intereses, mayor será la propensión a inversiones financieras y menor la propensión a consumir. La porción de los saldos monetarios destinados al consumo se relaciona además con la incertidumbre de los consumidores: cuanto mayor sea esta incertidumbre, tenderán a destinar una porción mayor de sus saldos monetarios al ahorro y una menor al consumo. Para Keynes existe también una ley psicológica según la cual los aumentos en el consumo tienden a ser menores que los aumentos en el ingreso, debido a una propensión a ahorrar más a medida que aumentan los ingresos. El ahorro es la base de la inversión, pero en el sistema keynesiano no tienen una relación automática porque la transformación del ahorro en inversión depende de las expectativas de los inversores y de la productividad del capital en un momento dado. Es decir que el estímulo al consumo no se convierte automáticamente en mejoras de la inversión y en aumento del empleo —como suelen postular las versiones simplificadas del keynesianismo—, sino que en el sistema de Keynes la evolución de la demanda, la actividad y la ocupación dependen de una compleja red de factores reales y psicológicos. Complejidad que provoca la indeterminación del sistema. Blaug (p.798) afirma que uno de los principales mensajes de Keynes es: “en un mundo de incertidumbre generalizada, la noción misma de los ajustes para el equilibrio carece de sentido porque el estado de las expectativas, del que depende todo equilibrio, carece de una base racional”.

Para Keynes el pleno empleo no es un estado natural como lo era en el sistema neoclásico, sino un caso particular al cual se llega en forma más o menos azarosa. Las únicas formas de reducir la incertidumbre y el grado de azar son coordinar la inversión y, en el caso de una debilidad del consumo, estimular la propensión al consumo con medidas financieras o fiscales, pero teniendo en cuenta las expectativas de los inversores y la productividad del capital. En el caso de que los salarios aumenten sin un incremento proporcional de la productividad, los efectos positivos del consumo sobre la demanda agregada y el nivel de empleo se verán neutralizados por el descenso de la inversión.

Otro aspecto importante del sistema económico keynesiano se vincula con el desarrollo institucional del mercado de trabajo. En el pensamiento neoclásico, los precios de los mercados son flexibles al alza y a la baja; la desocupación es una consecuencia del elevado precio del trabajo y cuando éste disminuye, la desocupación desaparece. En cambio, desde el punto de vista de Keynes, la flexibilidad

descendente de los salarios tiende a desaparecer por factores institucionales, como la aparición de sindicatos³, cuya presencia evita que en el caso de que exista desocupación se produzca el ajuste descendente de los salarios y, por lo tanto, la desocupación permanece. Por otra parte, si se lograra la reducción de salarios se afectaría la demanda efectiva, a diferencia del sistema neoclásico en el que una reducción de los salarios provocaba una reducción de los precios, por lo que el salario real no caía ni el consumo se veía afectado. Dentro del sistema keynesiano en cambio, una reducción del salario nominal provoca una reducción de los precios menos que proporcional, lo que da lugar a una reducción del salario real y, en consecuencia, a una depresión del consumo y de la demanda agregada.

El tratamiento keynesiano de la desocupación está fundamentalmente referido al caso particular de una economía industrializada, cerrada y con capital ocioso, y no es aplicable automáticamente a los casos de desocupación originados en situaciones de escasez de capital y economías abiertas. A propósito de esto, Robinson (1959) afirma que

“Keynes discute el problema de la desocupación de una economía desarrollada donde ya hay en existencia capacidad productiva y todo lo que se necesita es un mercado lucrativo para su producto potencial. Trata de encontrar un remedio para las enfermedades que acechan a las naciones ricas. Su argumento arroja muy poca luz directa sobre los problemas de un país que sufre falta de capacidad productiva o sobre la clase de desocupación (a la que se refiere Marx) que surge de tener muy poco capital para poder ofrecer trabajo a toda la mano de obra disponible... Donde la falta de capacidad productiva es el problema, simplemente generar demanda sólo conduce a la inflación, y el gasto por sí mismo –construir pirámides en lugar de ferrocarriles– obviamente no es lo que requiere la situación” (p. 351)

5. *Desocupación y sector externo*

Buena parte de la discusión actual sobre los orígenes de la desocupación y las justificaciones de las políticas de reducción del costo laboral, se vinculan con la situación del sector externo y, más específicamente, con la competitividad de la economía.

La teoría neoclásica de las ventajas comparativas supone que la especialización, la movilidad interna de la mano de obra y la libertad comercial permitirán optimizar los resultados del comercio y el empleo de los factores disponibles. En este esquema las restricciones al comercio reducen el producto y alteran la remuneración de los factores, pero se supone que éstos permanecen empleados aun-

3. Del mismo modo que la flexibilidad descendente de los precios de los bienes se reduce con la desaparición de la competencia perfecta y la aparición de oligopolios y monopolios.

que con remuneraciones diferentes de las que gozarían si existiera libertad comercial.

En las teorías marxistas que consideraban la existencia de ciclos y la posibilidad o inevitabilidad de la crisis del sistema y, por lo tanto, la ociosidad de factores, se planteó que las economías adelantadas sorteaban los límites de su expansión a través de la exportación de capitales y la creación de nuevos mercados. Para Rosa Luxemburg las economías capitalistas padecían un déficit de subconsumo porque el monto de capital acumulado está determinado por el ingreso de los capitalistas y éstos consumen todo su ingreso, por lo que el incremento de la demanda resulta menor que el incremento del capital y el de su capacidad de producción. En tales condiciones, para evitar una crisis de subconsumo es necesario contar con una demanda adicional, que Luxemburg encuentra en el consumo de las clases medias no productivas o en la demanda externa, esto es, en las exportaciones. Cuando la posibilidad de ampliación de los mercados de exportación se agota, el sistema colapsa.

En la misma época que Keynes, Kalecki desarrolla un esquema similar al del economista inglés, en el que introduce el sector externo. Según Kalecki, el ingreso está formado por los ingresos de los que no pueden ahorrar (asalariados) y los ingresos de los capitalistas, o excedente. Éste se forma, a su vez, por la parte destinada al consumo, la inversión y el saldo de comercio exterior. Es decir que un saldo negativo de comercio exterior reduce el excedente, el ingreso y, por lo tanto, la ocupación.

En las teorías actuales, heterodoxas y estructurales, la composición y evolución del sector externo está vinculada con el modelo productivo y sus cambios influyen sobre el nivel y las características de la ocupación, así como sobre el nivel de ingresos de los trabajadores. Actualmente, y en especial a partir de las experiencias de apertura económica que afectaron a las industrias tradicionales en los países de la periferia, se plantea la discusión sobre los efectos que tienen sobre el nivel de ocupación los ajustes de corto plazo del sector externo. Los ajustes destinados a compensar el desbalance de la Cuenta Corriente, pueden ser positivos o negativos: los primeros están basados en el cierre de la brecha comercial mediante la promoción de exportaciones, de lo que puede resultar un aumento del empleo. Los ajustes negativos en cambio, se apoyan en una reducción de la absorción de importaciones con medidas contractivas que, generalmente, afectan el empleo. Se pueden plantear también medidas defensivas destinadas a proteger sectores afectados por la competencia desleal o basadas en salarios bajos.

El impacto de los ajustes sobre el empleo difiere según el instrumento utilizado, la composición productiva y exportadora de los países y su importancia en el comercio internacional.

- En el ajuste positivo, un instrumento tradicional es la devaluación: la desvalorización monetaria aumenta la protección de todas las industrias por igual y estimula las exportaciones indiscriminadamente. Su efecto sobre el balance

comercial depende del grado de componentes importados de los bienes exportables, cuyos costos aumentan con la devaluación. Otros instrumentos como devaluaciones compensadas, reintegros impositivos o apoyos crediticios, son de efecto más selectivo e implican una decisión más afinada de política exportadora y de promoción sectorial. Suponiendo que las medidas tengan el efecto esperado en los sectores exportadores, las ventas finales dependerán de la ubicación del país en los intercambios. Si se trata de un país grande, el aumento de la oferta exportable puede afectar los precios y obtener un saldo comercial menor que el esperado, pudiendo incluso generar respuestas competitivas de otros países. En este caso, la influencia del ajuste positivo sobre el nivel de empleo es indeterminada. Por el contrario, en el caso de un país con escasa participación en el mercado mundial, como es, por ejemplo, la Argentina, se supone que el aumento de la oferta no tendrá impacto en los mercados y podrá ser vendida totalmente. El impacto final sobre el empleo dependerá de la intensidad de empleo de los sectores exportadores. Si éstos son muy concentrados y/o poco intensivos en mano de obra, como en las producciones de *commodities* industriales o agropecuarias, las medidas de estímulo a las exportaciones tendrán pocas consecuencias sobre el empleo.

- Los ajustes negativos también pueden basarse en instrumentos de efecto general, como devaluaciones o aranceles generalizados, o de orden selectivo. Su incidencia sobre el empleo depende de la intensidad en la utilización de mano de obra del sector que se esté protegiendo. Los países subdesarrollados suelen experimentar también procesos de ajuste estructural destinados a cambiar el perfil del sector productivo y exportador, que pueden causar pérdidas de empleos en forma permanente. Durante la época de predominio de la sustitución de importaciones, muchos países pobres tuvieron políticas industrializadoras que absorbieron recursos de las actividades agrícolas tradicionales con mucha mano de obra, o que afectaron a pequeños campesinos que no encontraron nuevas fuentes de ocupación en los sectores modernos. En las últimas décadas, muchos países subdesarrollados sufrieron aperturas comerciales y sobrevaluaciones cambiarias que afectaron a sectores agrícolas o industriales tradicionales con intensa utilización de mano de obra, cuyos trabajadores no fueron reabsorbidos por el resto de las actividades. Este efecto fue particularmente acentuado porque muchas de las políticas de ajuste estructural incluyen reducciones del sector público y de su personal y están acompañadas por procesos de concentración industrial y agropecuaria.

Un aspecto al que generalmente se le presta menos atención es el vinculado con el impacto del mercado financiero internacional sobre los niveles de actividad y empleo de los países. Sin embargo, los flujos financieros tienen una influencia creciente sobre la actividad y el empleo en las economías chicas y/o endeudadas. Esto fue notorio en la Argentina, donde el denominado "efecto tequila" contribuyó a profundizar una recesión en ciernes y a provocar un aumento en el de-

empleo. La crisis actual provocó, también, recesiones y pérdidas de empleo profundas y repentinas en varios países asiáticos. Pero, por otra parte, el desarrollo del mercado financiero internacional amplía, en determinadas condiciones, las posibilidades de financiamiento y alivia la restricción presupuestaria con que pueden encontrarse las políticas de fomento del empleo.

La apertura comercial y financiera condiciona también el alcance de las políticas fiscales. Las políticas fiscales keynesianas tradicionales son concebibles en una economía cerrada en la que el gasto público es satisfecho con oferta doméstica. En una economía abierta en cambio, el aumento de la demanda promovido por una política expansiva es satisfecho parcialmente con oferta externa. Paralelamente, dada la liberalización en los movimientos de capitales, las medidas fiscales de fomento del empleo que afecten la rentabilidad pueden estimular la huida de capitales y tener un efecto contrario al esperado. Es por eso que las políticas de relanzamiento económico o de estímulos que impliquen carga fiscal o reducción de beneficios deberían surgir de acuerdos internacionales o regionales.

6. Teorías del desempleo tecnológico

En los años treinta el aumento del desempleo se debió, en general, a la depresión de la economía y estuvo acompañado por deflación de precios, incluyendo el precio salario. De allí que las medidas recomendadas y aplicadas en aquella época estaban destinadas a estimular la demanda (consumo e inversión, según las categorías keynesianas) y a revertir la implosión deflacionaria. En cambio, la desocupación actual de los países industriales y de algunos periféricos como la Argentina no se origina en una crisis de subconsumo porque en los últimos años, tanto en esos países como en la economía mundial en conjunto, la producción y el consumo aumentaron al mismo tiempo que la desocupación.⁴

En los países industriales, entre las causas generalmente admitidas de desempleo se encuentran el cambio tecnológico ahorrador de mano de obra, y la crisis de industrias tradicionales con aplicación relativamente intensa de mano de obra, afectadas, en parte, por el desarrollo de esas actividades en países con mano de

4. Es importante notar que aunque la desocupación aumentó en muchos países industriales y periféricos, en términos globales, el sistema capitalista está creando empleos industriales por el aporte de los países asiáticos. Según cifras de la ONUDI, entre 1985 y 1994, el empleo industrial cayó en los países industriales y en muchos de la periferia pero en China aumentó un 55%, en Indonesia un 127% y en Tailandia un 80%. Dado el volumen del empleo en China y en otros países menores pero de elevada población, el empleo industrial del conjunto de países con cierto grado de industrialización muestra entre esos años un aumento sustancial (Gustavo Svarzman y Ricardo Rozemberg. "Las exportaciones de manufacturas y la generación de empleos." *Boletín Informativo Techint*, n° 291. julio-setiembre 1997).

obra más barata. Al mismo tiempo se observa una tendencia a la relocalización de capital que provoca desempleo en los países industriales en dos formas: con el traslado de plantas hacia la periferia y con la aparición de una oferta producida en países con salarios más bajos que desplazan la producción local. Este último efecto aparece también en países de la periferia.

La desocupación se origina, para Galbraith, en una combinación de disfunciones micro y macroeconómicas:

“El paro ha sido casi universalmente considerado hasta nuestros días como un problema macroeconómico, que podía ocasionarse o remediarse mediante el diseño general y la gestión de la política fiscal y monetaria. Esto pasará a la historia; cada vez más, se advertirá que el paro proviene de la gestión no óptima y de los cambios de competitividad de determinadas industrias... La compartimentalización de la economía en micro y macroeconomía esconde la causa más persistente del desempleo en las naciones industriales maduras, a saber, la decadencia de las industrias más antiguas. El desempleo, tal como existe en términos microeconómicos, puede ser corregido hasta cierto punto mediante el readiestramiento para nuevos empleos, la creación de empleos de servicio público, la implantación de aranceles proteccionistas, y medidas destinadas a mejorar las relaciones laborales subóptimas y la mejor capacitación del personal directivo de las empresas. En cambio, no puede remediarse recurriendo a un impuesto general, a gastos públicos ni a políticas monetaristas.”

Según Piore y Sabel (1993), en algunos países industriales el paro se debe a la falta de flexibilización de los sistemas organizacionales y productivos. Sostienen que existe una crisis de saturación de bienes de consumo en los países industriales porque las grandes empresas no supieron sustituir sus producciones tradicionales que habían saturado el mercado. Para mejorar la creación de empleo proponen un nuevo keynesianismo internacional con coordinación de políticas de expansión de países industriales y periféricos, coordinación de decisiones empresarias para reducir la inestabilidad y acuerdos para distribuir la expansión de la capacidad productiva. Esta coordinación se instrumentaría con los organismos financieros y comerciales internacionales. No obstante, los autores citados consideran que lo más adecuado sería avanzar en la especialización flexible, lo que aumentaría la absorción de mano de obra por parte de la industria y supondría, a su vez, marcos institucionales y relaciones laborales diferentes a los dominantes en la producción en serie.

Seguando la hipótesis del desempleo tecnológico, Pipitone (1986) señala cuatro condiciones que deben cumplirse para que no se genere desempleo:

1. que las innovaciones que permiten reducir costos y aumentar ganancias, estimulen las inversiones;
2. que las inversiones crezcan igual o más que el coeficiente capital/trabajo;

3. que la destrucción de empleos en las actividades tradicionales sea menor que la creación en las nuevas que aparecen,
4. que las innovaciones reduzcan los precios de los bienes y estimulen su demanda.

Sobre la situación de los países subdesarrollados, Joan Robinson plantea que, dado el carácter mano de obra intensivo de las actividades tradicionales, la oferta abundante de mano de obra y el elevado crecimiento demográfico, el progreso técnico que desplaza mano de obra tiende a crear desempleo. Por lo tanto, sería más fácil mantener el empleo con menos progreso técnico. Otra alternativa es una mayor igualdad en la distribución del ingreso, lo que, en lenguaje keynesiano, podría compensar un debilitamiento del incentivo a la inversión con una creciente propensión al consumo. Para mantener la demanda efectiva de trabajo es preciso que la demanda de productos aumente en forma proporcional al producto *per capita*. "Parece, dice Robinson, como si a muy largo plazo el capitalismo invirtiese el proceso con que se inició que consistía en arrebatar el mercado a los artesanos y pequeños comerciantes y absorber sus familias en su fuerza de trabajo. Ahora los está expulsando otra vez y al mismo tiempo crea un mercado en el que puede prosperar" (Robinson, 1979, p. 271).

7. Teorías del mercado de trabajo

Según el modelo ortodoxo, la desocupación es consecuencia del nivel de salarios y de productividad y, a mayores salarios o menor productividad, corresponde una mayor desocupación.

Desde este punto de vista, debería esperarse que un aumento de la desocupación provocará una sobreoferta de mano de obra y esta última una reducción de salarios, generando un "vaciamiento" del mercado de trabajo, es decir, una reducción de la desocupación.

Para explicar porqué este ajuste no se produce, las teorías del mercado de trabajo desarrollan el concepto de "histéresis", que alude a la perduración de los síntomas sociales luego de desaparecida la causa que los creó. Desde este punto de vista, los desocupados tienden a acostumbrarse a su situación y son renuentes a reincorporarse al trabajo aun cuando tengan oportunidades de hacerlo. O no aceptan trabajos en condiciones y salarios inferiores a los perdidos porque esperan o desean recuperar su *status*. Así, a pesar de la existencia de tasas elevadas de desocupación, el mercado de trabajo seguiría comportándose como si tuviera una oferta reducida de mano de obra. (Layard, Nickell y Jackman, 1996). En este sentido, los subsidios al desempleo fortalecen la "histéresis" y retardan el ajuste del mercado de trabajo. Los sistemas de subsidios de menor duración, o que tienen instrumentos que estimulan la búsqueda y aceptación de trabajos, parecen inducir por el contrario, a un menor desempleo.

Esta teoría sostiene también que en algunos casos existen desocupados que

aceptarían volver a trabajar por salarios menores, pero los sindicatos que representan a los ocupados pugnan por mantener el nivel de salarios por encima del equilibrio de plena ocupación, impidiendo la baja. Desde esta óptica, el desempleo europeo es producto de las rigideces institucionales que obstaculizan la creación de nuevos empleos o la reincorporación de los parados a puestos que estarían disponibles con salarios y condiciones laborales diferentes a las existentes en la actualidad. Paralelamente se subraya la experiencia de los EE.UU. y en parte de Gran Bretaña, donde un mercado laboral más flexible habría permitido tasas menores de desocupación.

8. Flexibilidad

La flexibilización laboral, tal como es concebida por los criterios neoclásicos y las teorías del mercado de trabajo, se ha convertido en uno de los objetivos privilegiados por gobiernos y empresarios. Aquí resulta necesario distinguir entre la flexibilidad en los procesos de trabajo vinculados con transformaciones de la organización productiva, y la flexibilización destinada a lograr una racionalización y, por lo tanto, un abaratamiento, del costo laboral. Estas formas están vinculadas porque la flexibilización motivada por razones técnicas tiene también el objetivo de reducir costos y, en algunos casos, puede implicar racionalizaciones y deterioros en las condiciones y relaciones de trabajo.

Las formas de flexibilidad laboral que generalmente se promueven pueden clasificarse según la tipología de Recio (1997), de la siguiente forma:

- a) *Cuantitativa*. Aquí la fuerza de trabajo debe adaptarse a las variaciones de la producción. Esta adaptación a su vez puede ser externa e interna. La externa incluye los contratos temporales y reducciones del costo de ajuste de la planta de personal. La flexibilidad interna a la empresa incluye la movilidad ocupacional y geográfica del personal y flexibilidad horaria.
- b) *Cualitativa*. Designa las formas de flexibilización requeridas para adaptar los procesos de trabajo a los cambios técnicos de la firma. Estas formas se vinculan con el aprendizaje y la superación del trabajo en serie o rutinario.
- c) *Flexibilidad salarial*. Puede ser *macroeconómica*, lo que implica la adaptación de los salarios pagados en el país a las condiciones del ciclo económico o estacionalidad de la actividad. O bien *microeconómica*, referida a las cláusulas de adaptación de los salarios a la situación particular de la firma.

Abogando por la flexibilización, el Banco Mundial (1995) aclara que "la alternativa que se presenta a los gobiernos no es simplemente entre mercado libre e intervención estatal. Tienen además que decidir qué tipos de intervención pública promueven el funcionamiento eficiente de los mercados, alientan más eficazmen-

te la inversión productiva en capital fijo, tecnología y recursos humanos y pueden ayudar a los trabajadores desfavorecidos" (p. 20). El Banco Mundial encuentra que en los países pobres los trabajadores son perjudicados por las políticas de estímulo a la industria en detrimento de la agricultura y la excesiva protección del trabajo formal. Por eso recomienda, para remediar esos problemas, la flexibilidad salarial, la información y formación profesional, y la movilidad geográfica y de empleo -para lo cual sería necesario desvincular los servicios sociales de los contratos laborales pasándolos a la administración pública-. Las recomendaciones de flexibilización institucional suelen incluir críticas a los sistemas de subsidios al desempleo argumentando que desestiman la búsqueda de trabajo por parte de los subsidiados.⁵ En esta misma línea se orientan los trabajos publicados por la OCDE, en los que se recomienda la flexibilización microeconómica y estímulos para que los desempleados se reintegren a la fuerza de trabajo -reducción de beneficios al desempleo- y se desaconsejan los estímulos macroeconómicos de estilo keynesiano (OECD, *Economic Studies*, varios números).

Las medidas de flexibilización se presentan como una forma de optimizar la utilización de la mano de obra y reducir los costos de producción. Pero este tipo de conclusiones está basado en el tipo de razonamiento neoclásico que considera los factores y los mercados como homogéneos y sustituibles. Desde este punto de vista es posible sustituir mano de obra o capital, cuando alguno de los factores tiende a encarecerse, o sustituir mano de obra en los puestos de trabajo. Este modelo incluye también la movilidad geográfica de factores dentro del mercado, lo que implica la posibilidad de traslado de la mano de obra. Pero en la realidad, la sustituibilidad entre capital y trabajo no es absoluta y la sustituibilidad de la fuerza de trabajo se reduce a medida que aumenta la especialización.

En definitiva, algunos tipos de flexibilización pueden resultar racionales en producciones en serie que utilizan personal no calificado para tareas rutinarias, pero cuando se utiliza personal especializado, la elevada rotación de personal o su movilidad en diferentes tareas dentro de la firma puede atentar contra la optimización de los gastos de formación de personal. Si la flexibilización conduce a la precarización, puede también deteriorar la responsabilidad o la lealtad del personal empleado lo cual afecta la calidad, especialmente en las producciones de bienes complejos o diferenciados basadas en la aplicación de habilidades o conocimientos especiales por parte del personal. El análisis de los "salarios de eficiencia" plantea, por ejemplo, que en muchas ocasiones las empresas fijan los salarios por encima de lo que indica el nivel de equilibrio de pleno empleo porque de ese modo se reducen los costos vinculados con el ausentismo, la rotación elevada de trabajadores, la calidad del trabajo, etcétera.

5. Mises, uno de los padres de la escuela neoclásica sostuvo cristalinamente, que si los obreros "no actuaban como sindicalistas, sino que reducían sus demandas y cambiaban sus domicilios y ocupaciones de acuerdo con las exigencias del mercado de trabajo, eventualmente podían hallar ocupación", cit. p. Polanyi, p. 243.

La propuesta de flexibilización tiene también dos contradicciones internas vinculadas entre sí. La flexibilización es propuesta como una forma de reducir los costos laborales y mejorar la rentabilidad y competitividad microeconómica de cada firma lo que, a su vez, debe conducir a un aumento de la demanda de trabajo. Pero si a través de la flexibilización se optimiza la utilización de la mano de obra empleada, es probable que una firma mejore su productividad con la misma o incluso menor cantidad de personal. Si, además, se incluye algún tipo de flexibilización que reduce la remuneración de los empleados, se provoca una reducción de la demanda interna, como plantea el razonamiento de Blaug (reproducido anteriormente en el capítulo de las teorías neoclásicas).

Una firma, individualmente considerada, se vería beneficiada por la flexibilización sólo si la reducción de costos le permitiera mejorar su competitividad externa. A su vez, la firma o la economía en su conjunto se beneficiarían si se operara una reducción de costos proporcionalmente mayor a la reducción de la demanda de la que dependen, o si, como sucede en la Argentina, el deterioro de los ingresos de los asalariados "flexibilizados" se compensara con la demanda de sectores no asalariados. En este caso el circuito sería el siguiente: la flexibilización de todo tipo permite aumentar la productividad (incluyendo la reducción de personal en algunos sectores con el consiguiente aumento de la desocupación); paralelamente, los ingresos de los no asalariados y de los que mantienen el trabajo y —parcialmente— el aumento de las exportaciones permiten mantener la demanda. El resultado final es un aumento en la demanda y la producción, con una distribución más regresiva del ingreso generado y un aumento en la desocupación.

Es importante notar, sin embargo, que aún los diagnósticos basados en la rigidez del mercado de trabajo y las recomendaciones de flexibilización pueden no implicar una actitud prescindente por parte del estado o la pretensión de un retorno al estado puro de la naturaleza. Por el contrario, esta orientación enfatiza la necesidad de políticas de orientación laboral, reentrenamiento, creación de trabajos temporarios, etc. En otras palabras, promueve la necesidad de reformas estructurales. Layard, Nickell y Jackman comentan este tipo de medidas desarrolladas por países industriales y resaltan el papel positivo de la política activa sueca en la reducción del desempleo.⁶

6. Refiriéndose a las recomendaciones de pasividad ortodoxas, Keynes sostuvo: "Puede suceder muy bien que la teoría clásica represente el camino que nuestra economía debería seguir; pero suponer que en realidad lo hace así es eliminar graciosa-mente nuestras dificultades. Tal optimismo es el causante de que se mire a los economistas como Cándidos que, habiéndose apartado de este mundo para cultivar sus jardines, predicán que todo pasa del mejor modo en el más perfecto de los mundos posibles, a condición de que dejemos las cosas en libertad" (*Teoría general*, p. 40).

9. Educación y formación profesional

Una de las recomendaciones para reducir la desocupación más frecuentadas, tanto por la ortodoxia como la heterodoxia, es la de mejorar la educación y formación de la mano de obra.

Esta recomendación se basa en el supuesto de que, al menos parte de la desocupación, se debe a que la demanda de mano de obra tiene requisitos de educación o formación que no son satisfechos por quienes buscan trabajo o por quienes van a buscarlo en el futuro. Este tipo de desocupación sería una forma de desempleo tecnológico presente especialmente en las economías con mano de obra de muy baja calificación en relación al nivel tecnológico preponderante.

En ese contexto las mejoras en educación y formación permitirán superar una rigidez del mercado de trabajo y aumentar la ocupación.

Pero la situación es muy diferente en los casos en los que existe desocupación de trabajadores bien calificados. Tal es el caso de la Argentina en la cual las empresas pueden incluso demandar fuerza de trabajo con niveles de calificación superiores a los indispensables para la tarea que van a desempeñar.

En estos casos la desocupación se debe a la escasez de puestos de trabajo disponibles y la mejora en la capacitación puede mejorar las posibilidades individuales de quienes la reciben pero no a aumentar las oportunidades de empleo global.

10. Reparto del trabajo

Una de las propuestas para la reducción de la desocupación que circulan en la actualidad especialmente en Europa, es la de reparto del empleo existente, que se basa en la aceptación de la imposibilidad de generar más puestos de trabajo. Supone que si se reduce el tiempo de trabajo semanal, se generarán nuevas vacantes que serán cubiertas por personas que buscan trabajo.

La reducción del tiempo de trabajo plantea varios problemas económicos y políticos importantes que no siempre son expuestos claramente. El principal es quién carga con el costo de la reducción: si el tiempo de trabajo semanal se reduce manteniendo las remuneraciones, se produce un aumento de los costos por persona ocupada que afectará inevitablemente a las empresas y provocará la resistencia de los empresarios. Si se lleva a cabo de otro modo, reduciendo proporcionalmente los ingresos, los afectados resultan los trabajadores. Puede existir también una aceptación voluntaria de la reducción del tiempo de trabajo y de los ingresos por parte de los trabajadores, pero en este caso la aceptación dependerá de la relación entre el grado de satisfacción de los trabajadores con sus ingresos actuales y sus deseos de incrementar el tiempo de ocio a cambio de resignar ingresos. Cuando éstos no resulten satisfactorios en relación con sus necesidades, los trabajadores manifestarán menor preferencia por el ocio y menos interés en aceptar reducciones del tiempo de trabajo.

La hipótesis de reducción del tiempo de trabajo genera también reparos de orden organizativo. La reducción de la jornada compensada con incrementos de personal es válida sólo para el caso específico del trabajo homogéneo no especializado y desempeñado en forma individual. En el trabajo en equipo o muy especializado, el personal no es sustituible, al menos con facilidad. En este caso una reducción del tiempo de trabajo no abre la posibilidad de aumentar la planta de personal –seguramente no en forma proporcional–, y ello podría provocar disrupciones en el proceso de producción. La incorporación de nuevo personal, implicaría para la empresa un aumento en los costos de entrenamiento. De allí que aun en los casos de contar con una planta de trabajo homogéneo y sustituible no es seguro que una reducción de la jornada sea compensada por una creación de empleos proporcional, porque una empresa puede compensar esa reducción con el aumento de horas extras del personal ya empleado, evitando así costos de entrenamiento y de eventuales despidos.

Según Layard, Nickell y Jackman, la propuesta de reducir la jornada se basa en la falacia de que el número de puestos de trabajo es fijo, cuando en realidad puede variar de acuerdo con diversos factores, entre ellos el costo salarial; razón por la cual el empleo aumenta por un tiempo si las horas de trabajo se reducen. Pero esto genera presiones salariales que provocan una ulterior reducción de la oferta de empleo. En el mismo sentido, la alternativa de reducir la edad tope de jubilación anticipada no implica un traspaso automático de los empleos vacantes a personas desocupadas, ya que se reduce la población activa, aumentan las presiones salariales y se produce una reducción de oferta de puestos de trabajo.

11. La perspectiva del mundo del trabajo

Es notorio que la mayoría de las teorías y propuestas para el tratamiento de la desocupación surgen de concepciones ingenieriles de lo social y laboral en las que variables vinculadas con los intereses y la calidad de vida del mundo del trabajo casi no intervienen. Esto es particularmente notorio en las perspectivas neoclásicas y del mercado del trabajo que no consideran, por ejemplo, que las medidas de flexibilización implican una precarización del puesto de trabajo y deterioran la calidad de vida de los trabajadores, en la medida que aumentan la subordinación a los ritmos de trabajo de la firma y la incertidumbre sobre el futuro laboral.⁷ Aun

7. Recio (1997) sostiene que “estamos en una sociedad donde a la mayoría se la contempla como consumidora exigente y trabajadora sumisa, pero no como persona íntegra para quien la vida laboral y el consumo forman dos partes de la misma experiencia vital” (p. 166). Sobre la flexibilidad para el traslado geográfico, Turow comenta que “la teoría no asigna valor a la destrucción de comunidades humanas pues los amigos y los vecinos no representan un valor en el cálculo económico” (*La guerra del siglo XXI*, Vergara, 1992, p. 98)

de las propuestas de reducción de la jornada surgen problemas como los de la distribución de costos de la reducción y la utilización del tiempo libre generado por este tipo de medidas, que no siempre son tomados en cuenta.

Desde una perspectiva comprensiva de los intereses de los trabajadores, un grupo de economistas propone considerar unificadamente la vida económica y cívica y pensar el aumento del tiempo libre—derivado de una reducción de la jornada de trabajo—conjuntamente con una valorización de la vida cívica. Esto incluye una reforma de las reglas de los mercados financieros y reformas institucionales y políticas, como la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas; normas de empleo para el cuidado de la seguridad, formación y movilidad e igualdad entre sexos; progresividad tributaria; reducción de la jornada de trabajo en el marco de una renovación de la vida cívica, sindical y asociativa, dentro y fuera de la empresa (Utpba, 1997).

12. Los poderes y sus políticas ante el desempleo

La existencia y persistencia de la desocupación no es un fenómeno exclusivamente económico, consecuencia de la relación de precios y productividades, de las características de la técnica en uso o del momento del ciclo productivo. También depende de la relación de fuerzas sociales, de la disposición de los empleados y sus organizaciones a luchar contra la desocupación y de la forma en que ésta afecte a los intereses económicos, políticos y estratégicos de las clases dominantes.

En el siglo XIX la burguesía ascendente no sólo no se preocupaba por la miseria o la desocupación de los trabajadores, sino que las consideraba un elemento positivo para el sistema económico. De hecho, el mercado de trabajo se creó con la desarticulación de las leyes de protección social que provocaban la inmovilización de la mano de obra y contribuían a su subsistencia. La creación del mercado era defendida por Ricardo, Malthus y los liberales de derecha que se oponían a las antiguas leyes de protección creadas por la aristocracia paternalista (Polanyi, 1947). Pero aún en ese período, el canciller prusiano Bismarck impulsó una serie de medidas de protección social que fueron el embrión del moderno Estado de Bienestar, con el propósito explícito de contrarrestar la creciente influencia del movimiento sindical y del socialismo.

Durante la crisis de los '30 la situación política era sustancialmente diferente a la del siglo pasado por el desarrollo de los sindicatos, los partidos socialistas y comunistas y la presencia de la URSS como una alternativa al sistema capitalista. De allí que las propuestas de medidas contra la desocupación tenían, además de un propósito económico como aumentar la base productiva, el objetivo de apuntalar el sistema político.⁸

8. Keynes afirma, por ejemplo: "mientras el ensanchamiento de las funciones de gobierno, que supone la tarea de ajustar la propensión a consumir con aliciente para invertir, parecería a un publicista del siglo XIX o a un financiero norteamericano contemporá-

En la segunda posguerra se forjaron acuerdos monetarios y comerciales y se llevaron a cabo medidas específicas como el Plan Marshall para estimular la recuperación europea y evitar las medidas comerciales mercantilistas, destinadas a exportar a otros países el desempleo propio. Estas políticas se aplicaron en el marco del predominio de un nuevo paradigma en el que el aumento del consumo de masas contribuyó al despliegue de la producción. En este esquema, la presión negativa sobre la tasa de ganancia que ejercía el aumento de las remuneraciones directas e indirectas de los asalariados era compensada por los aumentos de la productividad. Por otra parte, el ajuste neoclásico del mercado de trabajo basado en la reducción de salarios nominales era muy difícil –si no imposible– de implementar, dado el desarrollo de sindicatos fuertes y politizados. De este modo, cuando se produjo la crisis de los años setenta, si bien se llevaron a cabo reestructuraciones importantes en los sectores tradicionales que provocaron un fuerte aumento del desempleo, la situación social y estratégica influyó para que los gobiernos también se preocuparan por montar programas para hacer tolerable el ajuste.

Esta realidad y estas preocupaciones influyeron en los programas de reestructuración posteriores a la crisis de los setenta, donde se trató de reducir el impacto laboral de la crisis de los sectores industriales tradicionales. Pero en el curso de esos años la situación macroeconómica se deterioró y la correlación de fuerzas varió. La preocupación de gobiernos y empresarios se concentró entonces en el combate contra la inflación, la reducción de los costos laborales nacionales y la reducción del gasto público, incluyendo el financiamiento del Estado de Bienestar. El colapso del socialismo real que anteriormente, a pesar de su desprestigio, seguía apareciendo como un modelo productivo y social alternativo, reforzó el poder de negociación y la hegemonía política y cultural de las burguesías en detrimento del movimiento laboral. La persistencia de elevada desocupación se convirtió en un elemento de presión para la reducción de salarios y la precarización laboral. Paralelamente, si bien las economías industriales se recuperaron, las tasas de crecimiento nunca volvieron a los niveles de los años anteriores a la crisis, en lo cual tuvo que haber influido el estrechamiento de la demanda agregada provocado por la redistribución regresiva de los ingresos y la desocupación persistente.

El imperio de la lógica de la rentabilidad microeconómica –la empresa individualmente considerada– y la lógica de la competitividad nacional presionan para mantener bajos los costos salariales y, por lo tanto, la demanda. Se debe tener en cuenta que la desocupación elevada sigue jugando como un desincentivo al reclamo salarial y social y, en el imaginario de los poderes constituidos, como una prevención al activismo sindical y político de las épocas de expansión. En relación con esto, Pitone afirma que

neo una limitación espantosa del individualismo, yo las defiendo, por el contrario, tanto porque son el único medio practicable de evitar la destrucción total de las formas económicas existentes, como por ser condición del funcionamiento afortunado de la iniciativa individual". *Teoría...*, p. 335.

"No solamente hay el empuje proveniente de amplios procesos de transformación técnico-social en las sociedades capitalistas avanzadas, sino también una voluntad política tanto particular como estatal, orientada a introducir en el mercado de trabajo factores de fragmentación capaces de desactivar la tendencia del mundo del trabajo a presentarse, en bloque, como portador de un proyecto y de necesidades alternativas" (p. 79).

Refiriéndose a la irracionalidad macroeconómica que implica tolerar una desocupación elevada, Kalecki sostiene que si bien

"es verdad que las ganancias serán mayores bajo un régimen de pleno empleo de lo que serían en promedio bajo el *laissez-faire*, aún el aumento de los salarios, resultado de un mayor poder de negociación de los trabajadores, es menos probable que reduzca las ganancias antes que incrementar los precios, y así afecta adversamente sólo el interés de los rentistas. Pero 'disciplina en las fábricas' y 'estabilidad política' son más apreciados por los líderes en los negocios que las ganancias. Su instinto de clase les dice que (...) el desempleo es una parte integral de un sistema capitalista normal".⁹

En el mundo del trabajo se generalizan entre tanto las estrategias defensivas e, incluso, se culpabiliza a la inmigración como responsable de la desocupación, a pesar de no ser un factor relevante del aumento de ésta. En este cuadro es también determinante la debilidad de la representación de los desocupados, por su atomización social y porque los sindicatos suelen concentrarse en la defensa de los ocupados.

En los términos de Galbraith (1992), la estabilidad política se mantiene en los EE.UU. —y el razonamiento puede extenderse para el resto de los países industriales y buena parte de los de la periferia— por el surgimiento de una mayoría satisfecha desinteresada de la suerte de las grandes minorías postergadas. La mayoría satisfecha, que es también mayoría electoral, está formada por los que disfrutan y/o tienen expectativas de disfrutar de los beneficios del sistema. Para ella, el futuro está sometido a su control personal y se opone a cualquier cambio que afecte su situación, en especial si ese cambio implica aumentos de impuestos.

La existencia y persistencia de la desocupación puede considerarse, por lo tanto, no sólo como un problema técnico, del sistema de precios o institucional sino también como resultado de las relaciones de fuerzas sociales y de los consensos que logran, en amplios sectores de la sociedad, los intereses de los sectores dominantes.

9. "Political aspects of full employment". Citado por R. Lo Vuolo en: *Economía política del Estado de Bienestar*. E. Isuani, R. Lo Vuolo, E. Tenti Fanfani, *El Estado Benefactor*, Miño Dávila/Ciepp Buenos Aires, 1991.

Desde este punto de vista el tratamiento de la desocupación excede el ámbito de los programas económicos y debe incluir la consideración de estrategias destinadas a crear posibilidades políticas para la creación de empleos y la extensión de la asistencia a los desocupados.

13. El caso argentino

Desde mediados de los años setenta en la Argentina comenzó a producirse una expulsión de personal en la industria, pero la desocupación no aumentó porque los expulsados fueron absorbidos por el sector informal. Desde 1991 la capacidad de absorción de este sector se redujo mientras se producía una ola de despidos de la industria y del sector público (Palomino, H. y Schvarzer, J., 1996) por lo que la desocupación pasó del 6% en 1991 al 13,7% en 1997. También influyó en esto la falta de políticas oficiales para contrarrestar el fenómeno.

Es importante notar que el aumento de la desocupación no se debe a una debilidad de la demanda global que, en los pasados seis años, aumentó al mismo tiempo que se multiplicaban las tasas de desocupación y subocupación. Obviamente la pérdida de capacidad adquisitiva de los que trabajaban menos fue más que compensada por el aumento de la demanda de los beneficiados en la redistribución de ingresos de los últimos años.

El aumento de la desocupación en la Argentina tampoco puede explicarse por el argumento neoclásico de que la productividad aumentó por debajo de los salarios ya que, mientras los salarios se estancaron, la productividad aumentó sustancialmente. A pesar de esto, tanto los empresarios como el gobierno argumentan que para reducir la desocupación es necesario bajar el costo laboral flexibilizando el mercado de trabajo. Sin embargo, en los últimos años se produjo una fuerte flexibilización legal y de hecho –con aumento del trabajo en negro y contratos laborales flexibles–, sin que ello hubiera evitado el aumento de la desocupación. Si el argumento neoclásico y la propuesta de reducción del costo laboral fueran correctos, en estos años las empresas privadas deberían haber absorbido la mano de obra excedente y, cuando menos, limitado la desocupación a la generada por la reestructuración del sector público.

Pero los argumentos empresarios y gubernamentales no están inspirados por el argumento teórico sino por el interés microeconómico de corto plazo de mejorar el beneficio empresario y fortalecer la capacidad de control social que les proporciona la elevada desocupación.

Esta ofensiva está, a su vez, viabilizada por la debilidad de la respuesta laboral. Este último aspecto se explica tanto por el carácter de las expectativas sociales como porque las cúpulas sindicales tradicionales privilegian su relación con el gobierno y los empresarios y soslayan una oposición seria –en términos de medidas de fuerza y de argumentación profesional– a las presiones flexibilizadoras.

Desde que comenzó el aumento de la desocupación, a principios de la década, el gobierno de Carlos Menem (Con Domingo Cavallo como ministro de Economía) no tomó medidas para corregir la tendencia, muy probablemente esperando que el aumento de la desocupación contribuyera a inhibir las protestas laborales y a mantener deprimidos los salarios. Esto último era considerado necesario para contener la inflación.

Ya entrada la década comenzaron a aplicarse algunos programas de creación de empleo y se establecieron subsidios a los desocupados, pero de corto alcance y que contribuyeron muy poco a reducir la desocupación.

En los últimos años resurgió el argumento de que el aumento de la desocupación se debía, al menos en parte, a la inmigración, pero las estadísticas oficiales muestran que el aumento de inmigrantes ocupados a lo largo de la década es ínfimo (Lindenboim, 1995).

En relación con el impacto del sector externo de la economía sobre la ocupación, la apertura provocó el retroceso de industrias con uso intensivo de mano de obra, como por ejemplo textiles y confecciones. Esto contribuyó a la pérdida del empleo en la industria, que pasó de 2 millones de personas en 1976, a 1,4 millones en 1991 y a 1,2 millones en 1996. Pero al mismo tiempo las exportaciones contribuyeron a crear nuevos empleos. Según un estudio reciente la creación de empleos en las industrias exportadoras equivale a casi toda la creación de nuevos empleos en la economía entre 1991 y 1996, lo cual contrasta con la destrucción neta de puestos durante ese período en el conjunto de la industria. Pero contrariando las teorías de que la reducción salarial es una condición para exportar, el estudio encuentra que mientras en el conjunto de la industria los salarios permanecieron estables entre 1984/5 y 1996, en las ramas exportadoras aumentaron un 25,7%. A su vez, entre 1991 y 1996 los salarios permanecen estables en el conjunto de la industria y aumentan 2,5% en las ramas exportadoras (Svarzman y Rozemberg, 1997).

Bibliografía

- Banco Mundial. Informe sobre el desarrollo mundial, 1995. *El mundo del trabajo en una economía integrada*. Banco Mundial, Washington, 1995.
- Blaug, Mark. *Teoría económica en retrospectiva*, FCE. México, 1985.
- Keynes, J.M. *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, FCE. México, 1983.
- Layard, Richard, Nickell, Stephen y Jackman, Richard. *La crisis del paro*, Alianza, Madrid, 1994.
- Lindenboim, Javier. "La desocupación. ¿Un flagelo insuperable?" *Realidad Económica*, n° 134, agosto de 1995.

Marx, Karl. *El Capital*, FCE, México, 1973.

OECD. *OECD Economic Outlook*, diciembre 1997, París 1997.

- *OECD Economic Studies. Sobre mercado laboral y desempleo*, n° 20 y 21, 1993 y 22, 1994.

Palomino, H. y Schvarzer, J. *Del pleno empleo al colapso*, Encrucijadas/UBA, mayo 1996.

Piore, Michel y Sabel, Charles. *La segunda ruptura industrial*, Alianza, Buenos Aires, 1993.

Pipitone, Ugo. *El capitalismo que cambia*, Ediciones Era, México, 1986.

Polanyi, Karl. *La gran transformación*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1947.

Recio, Albert. *Trabajo, personas, mercados*, ICARIA- FUHEM, Barcelona, 1997.

Robinson, Joan. *Ensayos de economía poskeynesiana*, FCE, México, 1959.

- *Contribuciones a la teoría económica moderna*, Siglo XXI, México, 1979.

Roll, Erik. *Historia de las doctrinas económicas*, FCE, México, 1987.

Svarzman, Gustavo y Rozemberg, Ricardo. "Las exportaciones de manufacturas y la generación de empleo". *Boletín Informativo Techint* n° 291, julio-setiembre-1997.

Utpba (Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires). *Revista Espacios de Reflexión* n° 7.a.d.i., Utpba. Buenos Aires, 1997.